

Lucero Brioso

★★★★

Dinnie

La Domadora

2



Tyndale House Publishers, Inc.
Carol Stream, Illinois



*** Lucero Brioso ***

**DANDI DALEY
MACKALL**

Visite la apasionante página de Tyndale Español en Internet:
www.tyndaleespanol.com

Visite la emocionante página de Tyndale para chicos en Internet:
www.cool2read.com y la página de la serie Winnie en Internet:
www.winniethethehorsegentler.com

Puede contactar a Dandi Daley Mackall en su página en Internet:
www.dandibooks.com

El logotipo de Tyndale Niños es marca de Tyndale House Publishers, Inc.

Lucero Brioso

© 2008 por Dandi Daley Mackall. Todos los derechos reservados.

Fotografía de la portada © 2001 por Bob Langrish. Todos los derechos reservados.

Cuadro "Partes del Caballo" usado con permiso de Arabian Horse Registry of America®. www.theregistry.org.

Diseño: Jacqueline L. Nuñez

Edición del inglés: Ramona Cramer Tucker

Traducción al español: Mayra de Ramírez

Edición del español: Mafalda E. Novella

Versículos bíblicos han sido tomados de la *Santa Biblia*, versión Reina-Valera 1995®. © por las Sociedades Bíblicas Unidas. Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

Esta novela es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora o son usados de manera ficticia. Cualquier parecido con situaciones actuales, lugares, organizaciones o personas vivas o fallecidas es absolutamente accidental y fuera de la intención de la autora o de la casa editora.

Originalmente publicado en inglés en 2002 como *Eager Star* por Tyndale House Publishers, Inc. ISBN-10: 0-8423-5543-X; ISBN-13: 978-0-8423-5543-8.

ISBN-13: 978-1-4143-2212-4, mass paper

ISBN-10: 1-4143-2212-7, mass paper

Impreso en los Estados Unidos de América

14 13 12 11 10 09 08
7 6 5 4 3 2 1

*Para Katy Mackall,
mi maravillosa hija.
No podría escribir
estos libros sin tu ayuda.
¡Gracias!*

Winnie, ¡deténla! ¡Lastimará a Towaco!
—gritó Halcón, mientras maniobraba torpemente con la puerta.

Relinchos, mi árabe blanca, se encabritó y pifó, retando al Appaloosa de Victoria Halcones a que se atreviera a entrar a *su* territorio, el potrero que estaba detrás de nuestra caballeriza. Towaco agachó la cabeza y pegó la cola a sus muslos.

—Está bien, Halcón —dije, tratando de parecer tranquila. Pero al ver a mi poderosa árabe amenazar al pequeño Appaloosa de Halcón sentí de todo, menos tranquilidad. Se suponía que yo era Winnie la Domadora de Caballos, no Winnie la Árbitro de Caballos.

Recogí un puñado de césped y salté la cerca,

justo cuando Relinchos estiró su largo y musculoso cuello y embistió al pobre Towaco. El Api relinchó y Halcón gritó.

“¡Relinchos, ven!” grité.

Towaco se acurrucó cerca de la caballeriza.

Sólo habían pasado cinco minutos desde que la mamá de Halcón había dejado al Appaloosa. A Halcón le había tomado unas cuantas semanas convencer a su madre para que me dejara a cargo de Towaco. Ver ese remolque rebotar en nuestra calle fue el momento más orgulloso de mi vida porque adentro iba mi primer cliente. Halcón había decidido trasladar su caballo del extravagante y caro Stable-Mart a mi pequeña caballeriza, porque creía que yo podía ayudar a Towaco. Su caballo sería el primero de muchos caballos problemáticos que yo podría domar. Yo deseaba que Mamá hubiera estado viva para verlo.

Pero mi orgullo se había evaporado rápidamente, como agua en este calor sofocante de Ohio. En el momento en que puse a nuestro caballo huésped en el potrero, Relinchos, mi dulce árabe, dio la vuelta y pateó, evitando por unos centímetros al asustado Api.

“¿Relinchos?” la llamé, esforzándome por

tener un tono amigable y extendiendo mi puñado de césped.

Llegó, pero después de estirar su cuello para que Towaco pudiera ver bien sus bellos dientes blancos y sus orejas enojadas, planas y hacia atrás, en señal de amenaza equina. Luego, por si acaso, Relinchos lanzó una patada con su pata trasera, como un potro juguetón.

Towaco dio un chillido como si Relinchos lo hubiera golpeado con su patada.

“¡Winnie!” gritó Halcón, como si yo misma hubiera pateado a su caballo.

Relinchos se acercó trotando; hoció mi mano extendida y tomó el césped desaliñado que le ofrecí. La rasqué por detrás de las orejas. “Niña buena,” le dije, tranquilizándola.

“¿Niña buena?” La voz de Halcón temblaba.

Me volteé para mirarla. Victoria Halcones es descendiente de los nativos norteamericanos. Es alta y bella, con el pelo negro y lustroso, que le cae directamente a la cintura. No es como yo —baja, con el pelo rebelde, largo y oscuro; tengo la voz ronca y pecas, que hacen que la gente me diga mona. Detesto la palabra *mona*.

Usualmente el temperamento tranquilo de Halcón, como el de un cuarto de milla, hace

que yo parezca un Mustang salvaje. Pero hoy no. Sus mejillas estaban tan coloradas como el ave mascota que tenía sobre el hombro, que remedaba: “¡Craak! ¡Niña buena?”

“No es *buena*. ¡Ese caballo todavía es Salvaje!” insistió Halcón.

Así es como solían llamar a mi caballo. Pero cuando llegó a ser mía, le puse Relinchos. Relinchos *sí* es buena. Es estupenda. Y la quiero tanto que duele. Tener a mi propia árabe blanca había sido más que un sueño hecho realidad. Se había necesitado de un milagro. Ahora, comenzaba a parecer que se necesitaría de otro para que me quedara con ella.

Mi plan para pagar sus gastos de mantenimiento era domar caballos. La gente me pagaría por que les corrigiera a sus caballos problemáticos. Pero hasta aquí, nadie me conocía. Conseguir una reputación no es fácil cuando tienes 12 años. Pero por 10 de mis 12 años viví con la mejor entrenadora de caballos del mundo —mi mamá. Allá en Wyoming, la gente llegaba desde varios kilómetros de distancia sólo para ver a Mamá convertir caballos salvajes en dulces compañeros.

Pero después Mamá murió en un terrible

accidente automovilístico y todo cambió. Papá, Lizzy y yo tratamos de vivir en los estados de la I—Illinois, Indiana e Iowa— antes de aterrizar en Ohio. Rentamos la última casa de Ashland —que estaba justo en las afueras de los límites de la ciudad, aunque Ashland no es una ciudad. La caballeriza y los pastos eran de la casa. A los dos meses de vivir allí, Papá decidió que nos quedaríamos en Ashland por el año escolar entero. Pero hasta entonces, a excepción de Towaco, ningún caballo problemático había aparecido. Había intentado con carteles, tablones de anuncios por correo electrónico y hasta el periódico. Necesitaba establecer una reputación, y la necesitaba pronto.

—Halcón —dije, rascando la cresta de la crin de Relinchos para que se quedara conmigo—, los caballos pasan por luchas de poder. Relinchos cree que ella es la jefe porque fue la primera. No te preocupes.

Halcón le dio una mirada a Relinchos. —No me gusta. —Sus palabras salieron separadas; cada una era tan dura como el hielo. Si Halcón hubiera sido un caballo, sería un Andaluz, una raza noble de España. Los Andaluces son elegantes, increíblemente bellos, pero no puedes

estar muy seguro de cuál es tu posición con ellos. Pensaba que Halcón y yo teníamos una buena amistad, pero ella todavía actuaba de manera distinta con sus antiguas amigas. Me preguntaba cómo sería cuando comenzara la escuela.

Eché un vistazo a la casa y vi a Lizzy, mi hermana menor, trepando al roble. —Halcón, ¿por qué no te quedas con Lizzy? Voy a montar un rato a Relinchos para que se le quite la terquedad. Cuando vuelva, ella estará bien. ¿Te parece?

“¡Te parece! ¡Te parece!” graznó el lori hablador de Halcón, que se llama Peter, por un viejo actor que se llamaba Peter Lorre y quien solía actuar en películas de terror o de gánsteres.

—Tal vez Peter y yo deberíamos quedarnos con Towaco —Halcón se estiró por la puerta, tratando de hacer que su caballo se acercara. Pero Towaco no quería moverse de su lugar seguro cerca de la caballeriza.

—Una hora, Halcón. —Traté de convencerla—. Déjalo que se acostumbre a los pastos por sí mismo.

Halcón vio los pastos como si estuvieran llenos de bombas trampas. —Una hora —dijo finalmente.

Tan pronto como Halcón se fue, corrí a la

caballeriza a buscar la jáquima, una brida sin bocado que había usado con Relinchos, quien se resentía al bocado. En unos segundos le puse la jáquima de cuero y le ajusté el lazo de cuero crudo que encaja como un ronزال en el hocico de Relinchos y detrás de sus orejas. Mientras sacaba a Relinchos de los pastos, ella me hoció detrás del cuello y relinchó con un sonido bajo y vibrante, que siempre me derrite el corazón.

“Lo sé, Relinchos,” dije, montándome en su lomo sin silla. “No fue tu intención hacer ningún daño. Pero tienes que ser buena con Towaco. Necesitamos el dinero de Halcón para comprarte tu avena. Y necesito la reputación. Además, cuando lo conozcas verás que es un buen Appaloosa.”

Había llegado a conocer a Towaco a principios del verano, cuando trabajé limpiando establos en el Stable-Mart de los Spidell. Los Spidell dirigen su caballeriza como dirigen todo lo demás que poseen en Ashland —el A-Mart, el Pet-Mart, el Pizza-Mart. Towaco no representaba para ellos más que su pizza de pepperoni. El caballo había desarrollado malos hábitos al estar encerrado en sus establos día y noche —se plantaba, masticaba la madera del establo, no llegaba

cuando se le llamaba. Cuando Halcón vio el trabajo que hice con Salvaje, me tuvo la suficiente confianza para finalmente convencer a sus padres, después de discutir por varias semanas, y trasladar a Towaco a mi caballeriza. No podía decepcionarlos —a Halcón y tampoco a Towaco.

Relinchos temblaba por debajo de mí cuando entramos al campo que rodeaba nuestros pastos. Su crin larga y blanca volaba con la brisa tibia, y me hizo cosquillas en la cara cuando me incliné para abrazar su cuello. Era mi último día de libertad antes de comenzar el séptimo grado en la Escuela Secundaria de Ashland. Estaba decidida a hacerme un nombre, sin importar lo que me costara. Quería quedarme en Ashland.

Cuando Mamá murió, se sintió como que el eje de la rueda de nuestra familia se había caído, dejando nada más que rayos, sin un lugar a dónde ir. Papá había vendido nuestra hacienda en Wyoming junto con todos los caballos que Mamá había entrenado. Sólo se quedó con Lizzy y conmigo, y a veces me preguntaba por qué se había quedado con nosotros. Mamá había sido quien nos cuidaba, mientras que Papá hacía sus tratos de negocios. Ahora que él era el único padre —de nada menos que dos niñas— a

veces se sentía como si él no supiera qué hacer con nosotros. Entonces no hacía el esfuerzo. Últimamente las cosas habían mejorado entre Papá y yo, ya que finalmente habíamos hablado de la muerte de Mamá, pero teníamos mucho camino por recorrer.

Relinchos y yo pasamos rozando la orilla de nuestros pastos; los árboles se difuminaban y mi piel se refrescaba con el viento que creábamos. Arriba de nosotros, los gansos graznaron cuando pasamos salpicando un riachuelo camino a los pinos. El sol jugaba al escondite, peinando los bosques como si estuviera buscándonos a Relinchos y a mí.

Cuando Relinchos hacía cabriolas entre las agujas de pino, imaginé a todas las criaturas de Dios, viéndonos y diciéndole al Creador qué maravilloso trabajo había hecho con esa árabe blanca. El sendero se niveló y el olor de los tréboles superó al de los pinos. “¡A medio galope!” susurré. Relinchos respondió tan rápidamente que tuve que apretar el agarre de mi pierna para quedarme arriba. Los árabes tienen sólo diecisiete costillas, comparado con dieciocho que tienen las otras razas, pero pueden durar más que casi cualquier otro caballo, y cubren 160

kilómetros en un día en una carrera de resistencia. Relinchos podría haber seguido galopando hasta el anochecer.

Entramos a un claro; el sol brillante me cegó. Dos conejos pasaron corriendo enfrente de nosotros. Relinchos respingó y se sacudió hacia la izquierda. Se había tranquilizado bastante desde que era mía y habíamos trabajado durante el último mes, pero todavía tenía que limar algunas asperezas.

“¡So!” dije entre dientes, entrecerrando los ojos hasta acostumbrarme a la luz.

Relinchos se detuvo, resopló y asintió con la cabeza. Unos cuervos graznaron a través de los árboles. Las ardillas se perseguían unas a otras en las copas de los árboles.

Gracias por hacer todo esto, Señor, oré.

Pasé casi dos años sin orar, o por lo menos sin orar mucho, después de que Mamá murió. Me sentía bien al hablar con Dios otra vez.

Me incliné hacia atrás y sentí que Relinchos se relajaba. Usualmente no dejo que un caballo patee cuando estoy montando, porque adquiriría el mal hábito de tratar de comer durante las cabalgatas. Pero Relinchos todavía se estaba acostumbrando a la brida sin bocado. No tenía

que preocuparme por que las manchas de césped se le pegaran al bocado y le recordaran el magnífico sabor de lo verde, incitándola a pastar. Por lo que solté la rienda y dejé que mi caballo tuviera la golosina de un último día de verano pastando.

Relinchos empezó a jalar mechones de tréboles y a masticarlos.

Miré alrededor del campo abierto. Cuando voltéé hacia atrás, me di cuenta de que a Relinchos se le había enganchado una rama cuando cabalgamos. Un palo, como de unos treinta centímetros de largo, estaba enredado en su cola sedosa. Traté de alcanzarlo, pero no pude.

Relinchos estaba contenta de masticar el césped del prado, por lo que pasé una pierna al otro lado para quedar sentada de lado en su lomo. Me incliné y me estiré para alcanzar el palo. Mis dedos lo tocaron, pero no pude agarrarlo.

“Nomás sigue comiendo, Relinchos.” Pasé mi pierna derecha hacia el otro lado hasta que estuve sentada al revés en la yegua. Recostándome completamente en sus ancas, le levanté la cola con una mano y agarré el palo con la otra. “¡Lo tengo!”

Se escuchó un relincho en el bosque.

Relinchos también lo oyó. Dejó de pastar. Un resoplido distante e irregular se oía cada vez más fuerte. La cabeza de Relinchos se balanceaba. Sentí que tensaba sus ijares.

“Tranquila, niña,” le dije entre dientes. Su cola se sacudía de manera que tuve que agarrarla con las dos manos. “Espera sólo un minuto.”

Un chillido penetró el claro, y fue absorbido por el estruendo de cascos y gritos humanos, tan fuertes como los fuegos artificiales del Cuatro de Julio. En una explosión de cascos y patas, un caballo café rojizo, o bayo, irrumpió desde los bosques hacia el prado. El jinete dejó salir un grito y pateó con sus dos estribos.

“¡Alto!” grité, tratando de agitar una mano y de aferrarme a la cola de Relinchos con la otra. Relinchos dio un tirón. Se hizo a un lado.

“¡No se acerquen!” grité, cuando el bayo se dirigía a prisa hacia nosotros y Relinchos se puso más inquieta.

El jinete estaba a dos caballos de distancia de nosotros cuando tiró de las riendas, haciendo que su caballo se detuviera patinando y sus muslos casi se arrastraron en el césped. Había un remolino de polvo alrededor del cuarto de

milla bayo, un caballo castrado que sacudió su cabeza y luchó para mantener el equilibrio.

iUf! Saqué la respiración, que no sabía que estaba conteniendo. ¿Cómo pude ser tan tonta como para sentarme en el caballo al revés, siquiera por un segundo?

Relinchos levantaba un casco después del otro, como si el suelo se hubiera incendiado, pero sentí que su necesidad de desbocarse se desvanecía.

El jinete del bayo se quitó el casco. Parecía de mi edad, pero era grande como un jugador de fútbol americano, con el pelo castaño y corto. Se protegió los ojos con una mano, como haciendo un ademán, y me miró con los ojos entrecerrados. —¿No se supone que debes montar hacia el otro lado? —gritó.

Podía ver que había hoyuelos de sus mejillas por el esfuerzo de no reírse. Su caballo se veía tan nervioso que el lucero blanco que tenía en su frente tenía un tic.

No fue chistoso. —Y se supone que *tú* debes ver por dónde . . .

Pero antes de que pudiera terminar, se oyó un grito desde el bosque. Luego se oyó el *clop-CLOP, clop-CLOP* de un caballo, a pleno galope.

En el claro irrumpió un cuarto de milla palomino, de color oro pálido y bien parecido, pero no se acercaba a tener la conformación, o constitución balanceada, del bayo.

“Ay, no,” dijo el jinete del bayo entre dientes.

El palomino galopó hacia nosotros. “¡Oye, Grant!” gritó el jinete. “¡Voy a ganarte esta vez, perdedor!”

Relinchos se movió.

El que se llamaba Grant, jinete del bayo, se puso el casco de un golpe. Su caballo, con ansias de unirse a la carrera, tiró de las riendas y masticó el bocado.

“Tranquilo, Lucero Brioso,” supliqué, dándole un nombre al bayo, esperando que ayudara.

—¡Tengo que irme! —gritó Grant, alejando las piernas del vientre del bayo, preparándose para darle una patada.

—¡No! —grité —. ¡No lo . . . !

Los músculos de Relinchos se pusieron tensos, agrupándose como un resorte enrollado. Le agarré la cola. —¡Por favor! ¡No puedes . . . !

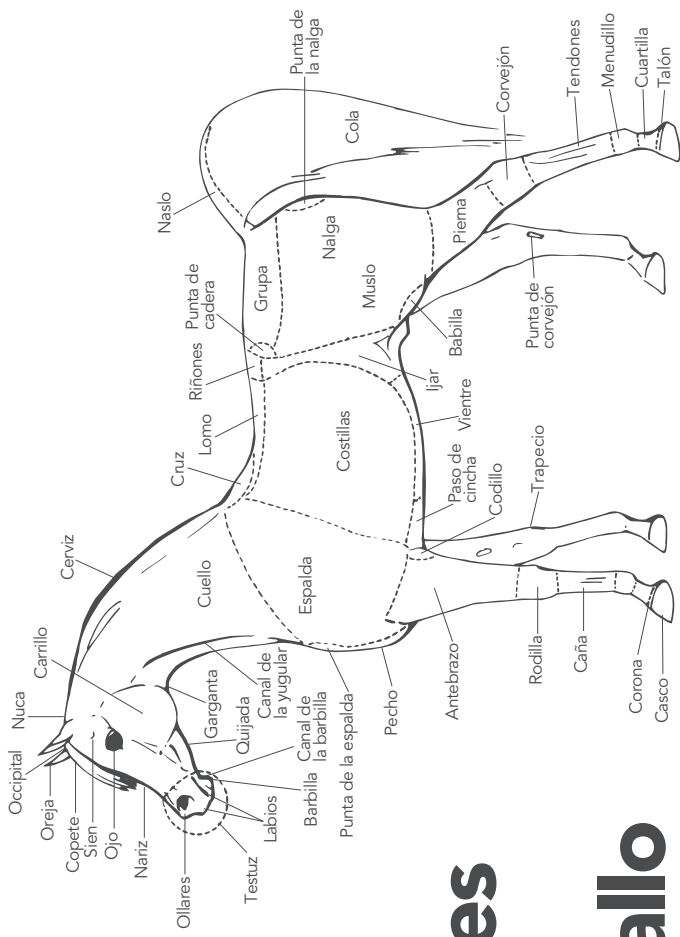
Lucero Brioso daba vueltas en el lugar cuando el palomino pasó galopando.

—¡Nadie me gana! —gritó Grant. Bajó duramente sus piernas, enterrando las espuelas a los

lados de su caballo. El bayo se encabritó y al caer salió con un galope instantáneo.

Esa fue la gota que colmó el vaso. Relinchos salió corriendo como si hubiera sido disparada por un cañón. Y yo iba en la carrera más rápida de mi vida –al revés.





Partes del Caballo



¡El lenguaje equino!

Los caballos se comunican entre sí . . . y con nosotros, si aprendemos a interpretar sus señales. He aquí algunas de las maneras en las que un caballo, generalmente, habla:

Relincho—Un llamado largo y ruidoso para los caballos que puede escucharse desde casi un kilómetro de distancia. Los caballos a menudo relinchan entre sí.

Traducciones posibles: ¿Estás allí? ¡Hola! ¡Aquí estoy! ¿Puedes verme? ¡Te escucho! ¿Qué pasa?

Grito—Para la mayoría de la gente que tiene caballos, un grito es lo mismo que un relincho. Algunos dicen que cualquier vocalización de un caballo es un relincho.

Relincho suave—El saludo más amistoso de un caballo que puede haber en el mundo. Un relincho suave es un ruido bajo que se hace en la garganta, a veces es un ruido sordo. Los caballos lo utilizan como un saludo amigable hacia otro caballo o alguien en quien confían. El dueño de un caballo podría escuchar un relincho suave a la hora de alimentarlo.

Traducciones posibles: ¡Bienvenido! Qué bueno verte. Te extrañé. ¡Hola! Ven acá. ¿Tienes algo bueno para comer?

Resoplido—Este suena como tu resoplido, sólo que mucho más fuerte y más agitado. Es una exhalación fuerte y el aire sale forzado por los ollares.

Traducciones posibles: ¡Cuidado! ¡Algo anda mal! ¡Uy! ¿Qué es eso?

Soplido—Usualmente es una exhalación fuerte, como un resoplido, pero con una gran ráfaga de viento.

Traducciones posibles: ¿Qué pasa? Las cosas no están tan mal. Así es la vida.

Chillido—Este grito de un tono muy alto, que suena un poco como un alarido, puede oírse a cien yardas de distancia.

Traducciones posibles: ¡Ni te atrevas! ¡Basta! ¡Te lo advierto! ¡Suficiente —en serio! ¡Eso duele!

Gruñidos, gemidos, suspiros, inhalaciones—Los caballos hacen una variedad de ruidos. Algunos gruñidos y gemidos no significan nada más que aburrimiento. Otros son consecuencias naturales del ejercicio.



Los caballos también se comunican sin hacer ningún ruido. Tendrás que observar a cada caballo y sintonizarlo con la traducción individual, pero hay algunas versiones posibles del lenguaje equino no verbal:



Equino-pedia

Acial—Dispositivo empleado por algunos jinetes para obligar al caballo a dirigirse adonde no quiere ir. Un lazo da vuelta en el labio superior. El lazo está unido a lo que parece un bate y se le da vueltas al bate, el cual gira presionando la nariz por el hocico del caballo hasta que se da por vencido.

Aire—Manera establecida en la que un caballo se mueve. Los caballos tienen cuatro aires naturales: el paso, el trote, el medio galope y el galope. Ciertas razas han aprendido otros aires o les son característicos: paso ligero o portante, ambladura, paso llano, etc.

Alazán—Caballo de un color que va de amarillo dorado a café oscuro, a veces del color del bayo, pero la crin y la cola son del mismo color.

Andaluz—Una raza de caballo que se originó en España. Es fuerte y de apariencia llamativa. Los utilizan en la doma clásica, como caballos de desfile, en la plaza de toros y hasta para arrear ganado.

Anillo D—El anillo de metal con forma de D que está a un lado del roncal del caballo.

Appaloosa—Caballo con la piel moteada y un patrón de manchas, como de un blanco sólido o café con manchas oscuras rectangulares detrás de la cruz. Usualmente son buenos caballos en todo sentido.

Árabe—Se cree que es la raza de caballo más antigua de todas, o una de las más antiguas. Muchos piensan que los árabes son los más bellos de todos los caballos. Se caracterizan por tener la cabeza pequeña, ojos grandes, constitución refinada, crin y cola sedosas y a menudo son vivaces.

Arreo—Equipo del caballo (sillas, bridas, ronzal, etc.).

Atar corto—Atar el lazo sin dejar parte floja para evitar movimiento por parte del caballo.

Barbada—Barra con una curva en el medio, y con varas y una cadena que sirve para proporcionarle una palanca a la boca del caballo.

Bayo—Caballo de color caoba o café oscuro a café rojizo, con la cola y la crin negras.

Bayo cabos negros—Caballo con la piel canela o gris amarillento, con la cola y la crin negras.

Berberisco—Caballo del desierto del norte de África.

Bridón—Un bocado de una sola varilla, a menudo articulada, o “partida,” por el medio, sin vara. Los bocados



Lenguaje de la autora

Dandi Daley Mackall creció cabalgando; la primera vez que montó a pelo fue cuando tenía tres años. Sus mejores amigos eran Sugar, un Pinto; Misty, probablemente un Morgan; y Towaco, un Appaloosa; junto con Ash Bill, un pura sangre; Rocket, un bayo cabos negros; Angel, el potro; Butch, nadie sabe; Lancer y Cindy, caballos silla americano; y Moby, un cuarto de milla blanco. A Dandi y a su esposo, Joe; a sus hijas, Jen y Katy; y a su hijo, Dan, (cuando se le obliga) les gusta montar a Cheyenne, su Pintado. Dandi ha escrito libros para todas las edades, incluyendo los libros *Little Blessings* [Pequeñas Bendiciones], *Degrees of Guilt: Kyra's Story* [Grados de Culpa: *La Historia de Kyra*], *Degrees of Betrayal: Sierra's Story* [Grados de Traición: *La Historia de Sierra*], *Love Rules* [El Amor Gobierna] y *Maggie's Story* [La Historia de Maggie]. Se han vendido más de cuatro millones de ejemplares de sus libros (unos 400 títulos). Ella escribe y cabalga en el área rural de Ohio.

Visita a Dandi en www.dandibooks.com